

Reportaje

El día en que volvimos a ver arder los libros



Cubiertas de algunos libros prohibidos en diferentes épocas. Fuente: Cuenta de Flickr de la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza (<https://flic.kr/p/GRAwtG>)

Como si de “Fahrenheit 451” se tratase, las bibliotecas y centros escolares de Estados Unidos están viviendo en los últimos años un aumento de la censura de libros. Lamentablemente, no se trata de la novela distópica que Ray Bradbury publicara en 1953, sino de la realidad, tal y como señalan los informes de organizaciones estadounidenses como la Asociación de Bibliotecas de los Estados Unidos (ALA, por sus siglas en inglés –American Library Association–) o PEN América, dedicada a la defensa de la libertad de expresión y los derechos humanos. Una censura que también se ha hecho notar en países como Canadá y que se teme que pueda llegar a Europa. Por suerte, aún hay quienes están dispuestos a defender la libertad de la literatura.

Lourdes Morales / Periodista / Auxiliar de Biblioteca / Desiderata



Reportaje

Si buceamos un poco en Google (o en el buscador de nuestra preferencia) y buscamos combinaciones de palabras como “censura”, “libros prohibidos”, “bibliotecas”, “colegios” y “Estados Unidos”, encontraremos un considerable número de noticias de años recientes en las que se da buena cuenta del incremento de casos en que diferentes bibliotecas y/o escuelas, lugares donde la animación a la lectura y el fomento de una información libre deben ser unos pilares base, se han visto obligadas a retirar una lista de libros determinados de sus estanterías por protestas de toda índole.

Así, por ejemplo, en septiembre de 2020, pocos meses después del asesinato del afroamericano George Floyd y tras las protestas por casi todo el mundo del llamado movimiento “*Black Lives Matter*”, los profesores de inglés del distrito de Burbank, en Los Ángeles, recibieron la orden de retirar de sus planes de estudio cinco novelas clásicas: “*Roll of thunder, hear my cry*”, de Mildred D. Taylor; “*Matar a un ruiseñor*”, de Harper Lee; “*De ratones y hombres*”, de John Steinbeck; “*El cayo*”, de Theodore Taylor; y “*Las aventuras de Huckleberry Finn*”, de Mark Twain. La decisión venía de arriba, del superintendente del distrito educativo, a quien le habían llegado protestas de cuatro apoderados, tres de los cuales eran afroamericanos. Al parecer, las familias se quejaban de que estos libros podían causar un daño moral en sus hijos y en los estudiantes de color —una de

las denunciantes indicó que su hija había recibido insultos racistas por parte de un niño blanco que había aprendido la palabra *nigger* en el libro de Taylor, escritora, precisamente, afroamericana y en cuyo libro, publicado en 1976 y ambientado en la Gran Depresión, cuenta, desde el punto de vista de una niña, la historia familiar de unos granjeros afroamericanos amenazados por la violencia y el racismo—.

Parte de la comunidad y organizaciones como PEN América calificarían esta decisión de censura, invocando para ello la primera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, la cual protege, entre otros, la libertad de expresión. Asimismo, algunos alumnos, que veían en libros como éstos justo lo contrario, una forma de concienciación para luchar a favor de la justicia social, crearon una campaña para intentar tumbar la norma, campaña que continúa aún. Sin embargo, según se publicaba a finales de abril de este año en *The New York Times*, «*Casi un año y medio después, la restricción de libros de Burbank sigue vigente y se han aprobado más en escuelas y distritos escolares de todo el país*».

Los temas raciales y LGBT+, en el punto de mira en EEUU

Según podemos leer en diversas informaciones internacionales, en el mes de enero, en Tennessee, una junta escolar aprobó que se eliminase de los programas el título “*Maus*”, novela gráfica de Art

Spiegelman sobre el Holocausto, única obra de este género que se ha alzado con el premio Pulitzer; el motivo: su lenguaje fue considerado inapropiado. En un distrito de Florida, fueron prohibidos 58 libros, entre los cuales se encontraban la aclamada novela “*Gente normal*”, de Sally Rooney, y “*Outlander*”, la saga de bestsellers de Diana Gabaldon. En Carolina del Sur, sería el senador Henri McMaster quien solicitara que se investigase la novela gráfica “*Gender Queer: A Memoir*”, de Maia Kobabe, una obra que el político consideró «pornográfica». Y en Texas, sería otro senador el que elaborase una lista de nada más y nada menos que 850 libros que, a su entender, podrían angustiar e incomodar a los estudiantes; entre ellos, “*The Great American Whatever*”, de Tim Federle, una novela en la que un chico que sueña con ser guionista de Hollywood se enamora de otro chico en su primera fiesta universitaria, o “*Todos nacemos libres: la Declaración Universal de los Derechos Humanos en imágenes*”, una obra publicada con Amnistía Internacional (los derechos de autor serían donados a dicha asociación) con la que se conmemoró el 60º aniversario de la firma de la Declaración y en la que cada uno de los derechos queda ilustrado por un artista internacional. Y si seguimos navegando en los buscadores, podríamos encontrar más casos del mismo tipo en otros estados, como Kansas, Pensilvania, Utah o Virginia. En estos dos últimos, se retirarían de



Reportaje

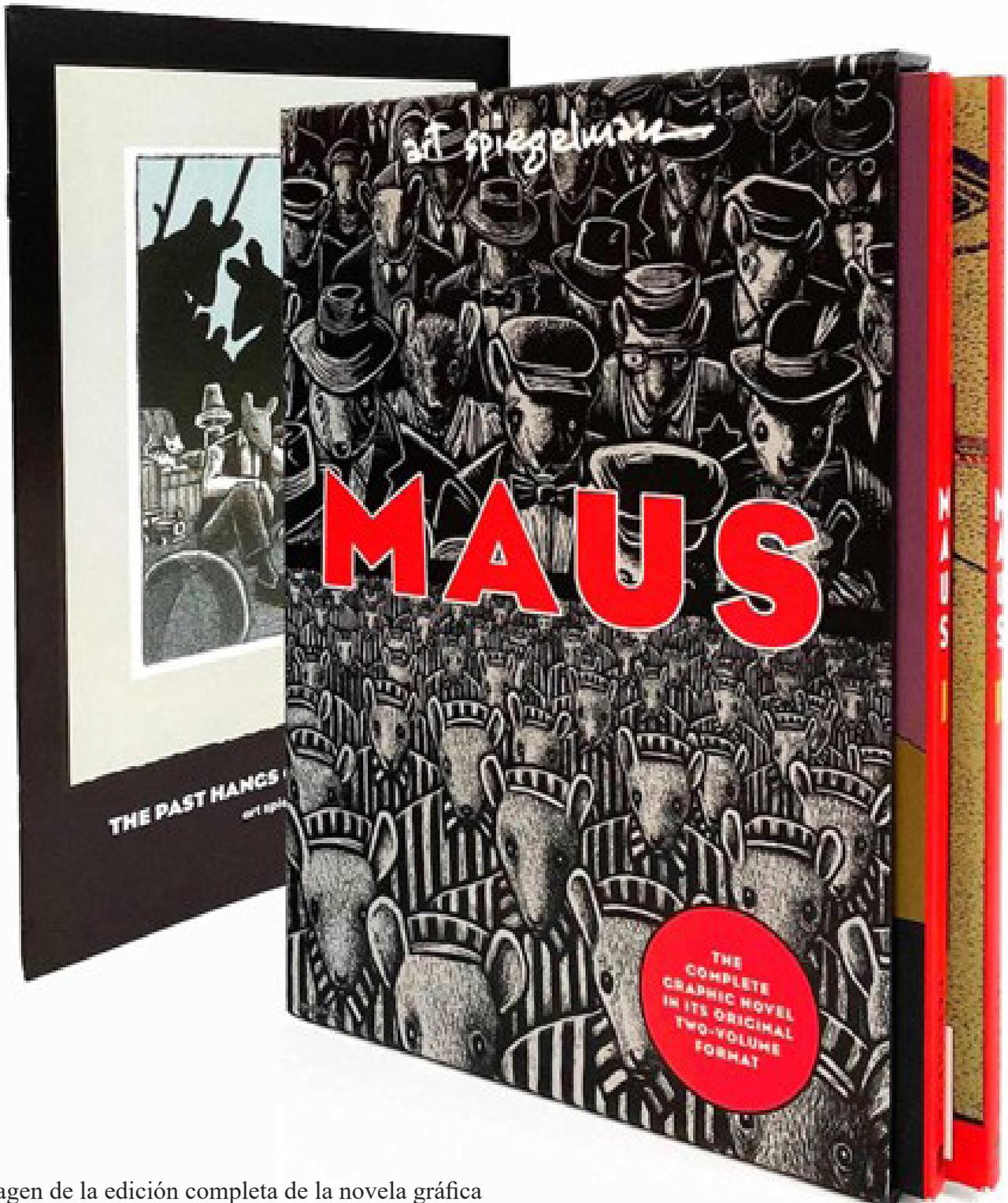


Imagen de la edición completa de la novela gráfica
“Maus”, de Art Spiegelman.

Reportaje

las bibliotecas escolares las obras “Ojos azules” y “Beloved”, respectivamente, ambas de la novelista Toni Morrison (cuyo nombre real era Chloe Ardelia Wofford), ganadora del Premio Pulitzer en 1988 y del Nobel de Literatura en 1993 –primera afroamericana en conseguir este galardón–, por contener «contenido explícito». También en Virginia, los padres de un colegio del condado de Spotsylvania pidieron que se quemaran todos los libros que consideraban «ofensivos», lo que se traducía como

aquéllos en los que se tratase «la pornografía gay»; la medida por la que se optó fue más allá: todos los libros con contenido sexualmente explícito fueron retirados de todas las bibliotecas del condado. Y en un pequeño pueblo de Michigan, sus habitantes votaron a favor de que se retirara la financiación a la biblioteca pública porque no aceptaban que se distribuyeran libros con temática LGBT+, por lo que la institución corre el riesgo de tener que cerrar... Y no es la única. «Nos llamaban seductores de ni-

ños y pedófilos, y decían que había que despedirnos, que había que encarcelarnos, que había que encerrarnos, que había que quemar todos los libros». Son las palabras de Tonya Ryals, la que fuera subdirectora de la Biblioteca Pública de Jonesboro, en el condado de Craighead (Arkansas), y que presentó su renuncia a raíz de que el consejo de la biblioteca adoptara una serie de políticas nuevas, entre las cuales se incluía el exigir la aprobación del consejo para cada libro nuevo destinado a la colección infantil.

Critical Race Theory



Algunos de los libros considerados peligrosos por diversas asociaciones. Fuente: <https://www.eldebate.com/>

Según Jonathan Friedman, director de Educación y Libre Expresión de PEN América, «Lo que está sucediendo en este país en términos de prohibición de libros en las escuelas no tiene paralelo

en su frecuencia, intensidad y éxito». Según un informe publicado por esta asociación a comienzos de abril de este año, entre junio de 2021 y marzo de 2022 fueron registrados más de 700 intentos de

prohibir libros no sólo en escuelas y universidades, sino también en bibliotecas, de 86 distritos de 26 estados norteamericanos. Estos intentos sumaban en total más de 1.500 libros, la mayoría de los

Reportaje

cuales versaban sobre temas como el racismo o la identidad sexual.

En la ALA, por su parte, se tiene constancia de una cantidad de casos parecida. La directora de la oficina de libertad intelectual de esta asociación bibliotecaria, Deborah Caldwell-Stone, apunta que *«lo que estamos viendo en este momento es una campaña sin precedentes para eliminar de las bibliotecas escolares, pero también de las bibliotecas públicas, los libros que se ocupan de la vida y la experiencia de las personas marginadas»*. La ALA elabora cada año un informe en el que se plasma la intención de distintos grupos políticos y grupos de presión de prohibir libros y bibliotecas por todo Estados Unidos. Según Caldwell-Stone, quien lleva más de 20 años trabajando en dichos dossieres, *«Antes*

se recibían uno o dos informes a la semana y ahora estamos recibiendo varios al día». Si en 2020 fueron 156 los títulos cuya prohibición en las bibliotecas públicas fue demandada ante los tribunales, en 2021, este número ascendió a 729. Una cifra que da que pensar.

Y es que la literatura y la posibilidad de escoger libremente lo que se quiere leer sufren una doble amenaza: por un lado, la de los grupos políticos e influyentes de progresistas radicales, que atacan con la cancelación cultural, y por otro lado, la de los grupos conservadores, que persiguen reformar la educación por medio de la elaboración de leyes que limiten el debate en las escuelas. Como apunta Sungjoo Yoon, alumno en Burbank High School y presidente de la Comisión Juvenil de la

ciudad, *«Un hecho que a menudo se pasa por alto en estas disputas es que, tanto los conservadores como los liberales, se involucran en la prohibición y eliminación de libros cuando conviene a sus objetivos políticos»*. Así, podemos encontrar entre las listas de obras censuradas desde libros clásicos (como los ya mencionados antes) hasta las sagas de “Harry Potter” –por *«ocultismo»*, *«satanismo»*, *«violencia»* o *«mensajes en contra de la familia»*– y de “Los juegos del hambre” –por *«lenguaje ofensivo»*, *«mensajes antiéticos»* o *«perspectiva religiosa»*– o libros de texto –en Florida, se ha prohibido el 40% de los libros escolares de matemáticas esgrimiendo que *«promueven la ideología de género y trasladan a los alumnos la imagen de un país que padece un racismo endémico»*–.



Biblioteca ImagineIf, en Kalispell. Fuente: Hunter D'Antuono | Flathead Beacon.



Reportaje

Las últimas noticias de este tipo nos llegan desde Kalispell, una pequeña ciudad situada en el condado de Flathead, en el estado de Montana. Según informa el periódico local Flathead Beacon, el 3 de agosto del presente año, el personal de la biblioteca municipal encontró que habían dejado en el buzón nocturno cinco libros dañados con lo que parecía un disparo de un arma. Ese día, todas las sucursales de la biblioteca cerraron mientras se llevaba a cabo la investigación policial, la cual determinó que se ha-

bía tratado de un incidente aislado y que no había peligro ni para los trabajadores ni para los usuarios. Sin embargo, dos días más tarde, se hallaron otros dos libros, esta vez, con balas alojadas en ellos.

Los bibliotecarios apuntaron a que podía tratarse de la misma persona, a raíz de ver unas marcas similares en todos los libros encontrados. A pesar de que la policía continuaba sosteniendo que no había amenaza para los trabajadores, éstos decidieron dejar sus puestos, según

confirmó Ashley Cummins, directora de la institución. La policía no ha hallado conexión entre estos hechos y un cierto discurso agresivo de una parte de la población en las últimas reuniones vecinales, si bien coincide con que, durante el último año, las renunciaciones de los trabajadores han aumentado debido, también, a recientes decisiones tomadas por los administradores de la biblioteca, entre las cuales destaca el intento de eliminar los libros de temática LGBTQ+ de la colección.



El escritor Salman Rushdie con un ejemplar de “Los versos satánicos”. Fuente: <https://www.zendalibros.com/>



Reportaje

Salman Rushdie o el peligroso oficio de escribir libremente

El pasado 12 de agosto, el escritor británico-estadounidense de origen indio Salman Rushdie fue apuñalado en el cuello cuando se disponía a participar en un evento en la Institución Chautauqua, una organización cultural del estado de Nueva York. «*Es probable que Salman pierda un ojo; los nervios de su brazo están seccionados y su hígado muy dañado*», publicaba The New York Times después de conocerse los primeros datos tras el ataque.

El supuesto agresor fue Hadi Matar, de 24 años y residente en Nueva Jersey, aunque con aparentes simpatías hacia Irán.

Sobre Rushdie pesa una fatua (también leído como fatwa o fetua, se trata de un pronunciamiento legal en el islam que emite un especialista en ley religiosa sobre un asunto concreto) desde hace 33 años por la publicación en 1988 de la obra “Los versos satánicos”. El 14 de febrero del año siguiente, el ayatolá Jomeini, líder espiritual y político de la Revolución islámica de 1979 y autoridad suprema de Irán hasta su muerte en junio de 1989, dictaría en la radio pública del país una fatua hacia el escritor tras considerar el libro blasfemo contra el islam y los musulmanes: su asesinato sería recompensado con 3,3 millones de dólares.

Perseguido, escondido, huyendo cada pocos días de los hoteles o pisos francos donde se recluía, viviendo y escribiendo bajo pseudónimo... Pasarían varios años hasta que poder empezar a llevar una vida relativamente normal, a pesar de saber que la amenaza de muerte seguía viva. Y así ha sido hasta que, con la tranquilidad que le dieron los años, el no tener miedo y su amor por la libertad hicieron que se dejara ver en más actos públicos.

Pero el régimen islamista no había perdonado y así lo demostró ese día de agosto.

El atacante, después de ser detenido, admitiría que ni siquiera había leído más que par de páginas de “*Los versos satánicos*”. El poder de la ignorancia.



Reportaje

El caso de Canadá: Tintín, Astérix, Lucky Luke...

Estados Unidos no es el único país que está viviendo una ola de prohibiciones de libros. Sus vecinos del Norte, Canadá, saben también lo que es la censura en algunas de sus bibliotecas escolares.

Y es que, hace un año, una investigación llevada a cabo por Radio-Canadá sacó a la luz que, en 2019, la comisión escolar de Providence, responsable de una treintena de centros católicos y de lengua francesa en el suroeste de Ontario, quemó y envió a reciclar alrededor de unas 5.000 obras que procedían de las bibliotecas de dichos centros. El motivo: sus contenidos fueron considerados como «desactualizados e inapro-

piados» debido a que, al parecer, presentaban distintos «prejuicios» y estereotipos negativos de los pueblos indígenas (según el comité, los libros mostraban recuentos históricos equivocados, imágenes racistas y/o discriminatorias, sexualización –como tacharon la obra de “Pocahontas”– y un trato poco respetuoso hacia ciertas prácticas culturales, siendo eliminados también los libros en los que aparecían los términos, considerados peyorativos, «esquimal» e «indio» y los que mostraban artesanías que se consideraban apropiación cultural), por lo que, con esta decisión, pretendían colaborar y favorecer la reconciliación con estos pueblos.

Para ello, la decisión fue llevada a cabo por la comisión escolar en colaboración con un gru-

po de acompañantes indígenas. Entre los títulos que acabaron siendo expurgados, se encontraban algunos como “Tintín en América”, “Astérix en América”, tres álbumes de Lucky Luke, novelas, enciclopedias, etc., los cuales sirvieron para alimentar una hoguera en toda una ceremonia montada para tal efecto.

Un vídeo explicaba a los estudiantes el proceso que se seguiría para enterrar las cenizas del racismo, la discriminación y los estereotipos, con el objetivo de que pudieran crecer en un país inclusivo donde todos vivieran de forma segura y próspera. Había organizadas varias ceremonias más de este tipo, pero la pandemia del Covid-19 llegó y lo paralizó todo, incluso una barbarie como esta.



Imagen de “Astérix en América”. Fuente: <https://www.elmundo.es/>





Reportaje

Lyne Cossette, portavoz del consejo escolar de los centros, justificó estas acciones a la cadena de radio canadiense diciendo que *«Se trata de un gesto de reconciliación con las primeras naciones y de una apertura hacia las otras comunidades presentes en la escuela y en nuestra sociedad»*.

Tras la polémica desatada a raíz de que la emisora destapara estos hechos, la asociación de escuelas anunció el año pasado que suspendería la quema de otros casi 200 libros, cuya idoneidad para seguir o no formando parte de la colección de sus bibliotecas estaba siendo evaluada. Sin embargo, no fue que se dieran cuenta del despropósito que estaban cometiendo lo que paralizó la pira, sino el hecho de sospechar que Suzy Kies, asesora cercana al primer ministro canadiense Justin Trudeau y una de las promotoras de la persecución de estas obras, había mentido acerca de su autenticidad étnica y su ascendencia indígena, conforme a los criterios legislativos vigentes. Kies acabó dimitiendo de su puesto de copresidenta de la Comisión de Pueblos Autóctonos del Partido Liberal, pero la semilla para la purga de libros ya estaba sembrada.

Por lo que respecta al Ministerio de Educación de Ontario, se podría decir que se lavó las manos: emitió un comunicado, pero, en él, se limitaba a aclarar que la selección de las obras que forman parte de las bibliotecas escolares es responsabilidad de cada comisión escolar.

La noticia, asimismo, corrió como la pólvora en las redes sociales. Sorprendía la reacción de algunos tuiteros relacionados con la profesión, pues mientras que unos describían lo sucedido como un claro caso de censura, otros afirmaban que tan sólo se trataba de una revisión de contenidos para ver si eran o no adecuados para los niños y que estaban de acuerdo con que determinados libros, como los eliminados en Canadá o ciertos clásicos, debían ser retirados de bibliotecas escolares o de la colección infantil de las bibliotecas públicas con el fin de concienciar a los niños en el respeto a otras sensibilidades. La polémica, entre la profesión, también estaba servida.

Castellón y el intento de veto a los libros LGTBI

En España, la controversia surgió en Castellón (Comunidad Valenciana), en el último trimestre del pasado año, donde la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento repartió entre once institutos públicos de la ciudad una colección compuesta por 32 libros de temática LGTBI, comprados, además, en las librerías locales.

La concejala de Cultura, Verónica Ruiz, responsable también del área de Feminismo y LGTBI, explicó que, con esta iniciativa, destinada principalmente a estudiantes de entre 12 y 17 años, el consistorio pretendía dar visibilidad a las diversas realidades de género y fomentar una convivencia basada en la tolerancia, la igualdad y el respeto a la diversidad de género y sexual. Asimismo, se ofreció literatura de temática social para ser utilizada como herramienta de trabajo no sólo para los adolescentes, sino también para los profesores de los claustros.

Entre los libros repartidos, cuyos géneros van de la narrativa al ensayo, pasando por la novela gráfica o la poesía, hay títulos como *“Un año sin nombre”*, de Cyrus Dunham; *“Yo soy así y esto no es un problema”*, de la periodista Fani Grande; o *“La cultura de la homofobia y cómo acabar con ella”*, de Ramón Martínez.

El proyecto chocó frontalmente con la Asociación de Abogados Cristianos, que presentó una denuncia basándose en que, según su criterio, los libros entregados por el Ayuntamiento *«son ilegales desde varios puntos de vista»* y alegando que, concretamente uno de ellos, *«no sólo es un libro con un contenido sexualmente explícito, sino que recurre al constante escarnio de las religiones, y no sólo de la católica, también realiza un ataque flagrante al islam, al judaísmo y a la religión evangélica»*.





Reportaje

Gay Sex: Manual sobre sexualidad y autoestima erótica para hombres...

1

Bienaventurados los bienfollados porque ellos traerán la paz a este mundo.

Mi declaración de intenciones

Bienfollados

Vamos a comenzar este libro con una generalización. No será precisa, pero servirá para entender hacia dónde pretendo conducirte. ¿A que no conoces a nadie bien follado y con mala leche? Las personas que disfrutan de su sexualidad tienen un carácter diferente. Naturalmente, si les tocas las narices se defienden y pueden ser cien veces más hijoputas que tú. Pero no es habitual que vayan por la vida metiéndose con otros («El que folla mucho, jode poco»). Ni van de postureo, ni dando sermoncitos a los demás sobre lo que deben hacer con sus vidas, ni se dedican a subrayar los defectos ajenos. El buen sexo les desamarga la vida. La vida es complicada, ya lo sabemos, y hace falta un poquito de edulcorante para tragarse algunas cosas. Y el sexo (y los buenos amigos, la familia bien avenida y las aficiones) nos ayuda a vivir con mejor humor. Fijate en ti mismo después de haber follado bien..., ¿a que tienes mejor carácter, eres más amable, disculpas mejor los pequeños errores de los demás y hasta canturreas? Las endorfinas y hormonas que tu

Extracto de “Gay Sex: Manual sobre sexualidad y autoestima erótica para hombres homosexuales”, de Gabriel J. Martín.





Reportaje

La queja hacía referencia a libros como el del periodista argentino Bruno Bimbi “*El fin del armario*”, en el que algunos de sus capítulos llevan nombres como “*Chaperos en el Vaticano*”, “*Porno para todos*”, “*Al obispo le dan por el culo*”, “*Alá no es grande, Jesús no nos ama*” o “*Maricas y judíos: las dos caras de la discriminación*”, entre otros. Otra de las obras se titula “*Gay Sex: Manual sobre sexualidad y autoestima erótica para hombres homosexuales*”, escrita por el psicólogo, activista y escritor Gabriel J. Martín; en ella, indican que aparecen temas como “*Buscando pollas mientras paseas. El cruising*”, “*La injustificada mala fama de la pornografía*”, “*Grindr, el Wallapop del sexo... y test de autoestima*” u “*Orgías con luz y a oscuras*”.

La administración, por su parte, se defendía arguyendo que su campaña entra «dentro de las competencias municipales de promoción de la cultura y equipamientos culturales», por lo que se enmarcaba dentro de la legalidad. Varias fueron las voces institucionales que mostraron su apoyo tanto al Ayuntamiento de Castellón como a los autores de los libros; entre

ellas, destacaron el propio presidente de la Comunidad Valenciana, Ximo Puig, y quien entonces era su vicepresidenta y consejera de Igualdad y Políticas Inclusivas, Mónica Oltra; también se pronunció a favor el presidente de Argentina, Alberto Fernández.

A este respaldo, se sumarían los sindicatos UGT y CCOO, que incluso llegaron a convocar manifestaciones y a solicitar con urgencia una reunión del Observatorio Estatal para la Convivencia Escolar.

En un principio, la justicia acordó la medida cautelarísima de detener la distribución de los lotes de lectura por los centros educativos. Sin embargo, a finales de año, el titular del Juzgado de lo Contencioso-Administrativo 1 de Castellón, David Yuste, levantó la medida adoptada por la otra magistrada sustituta del mismo juzgado. Así, el Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana (TSJ-CV) publicó el auto en el que se dictaba que el contenido de dichas publicaciones «tiene un fundamento legal directo en la Ley 8/2017, de 7 de abril, de la Generalitat, integral del reconocimiento del derecho a la identidad y a la ex-

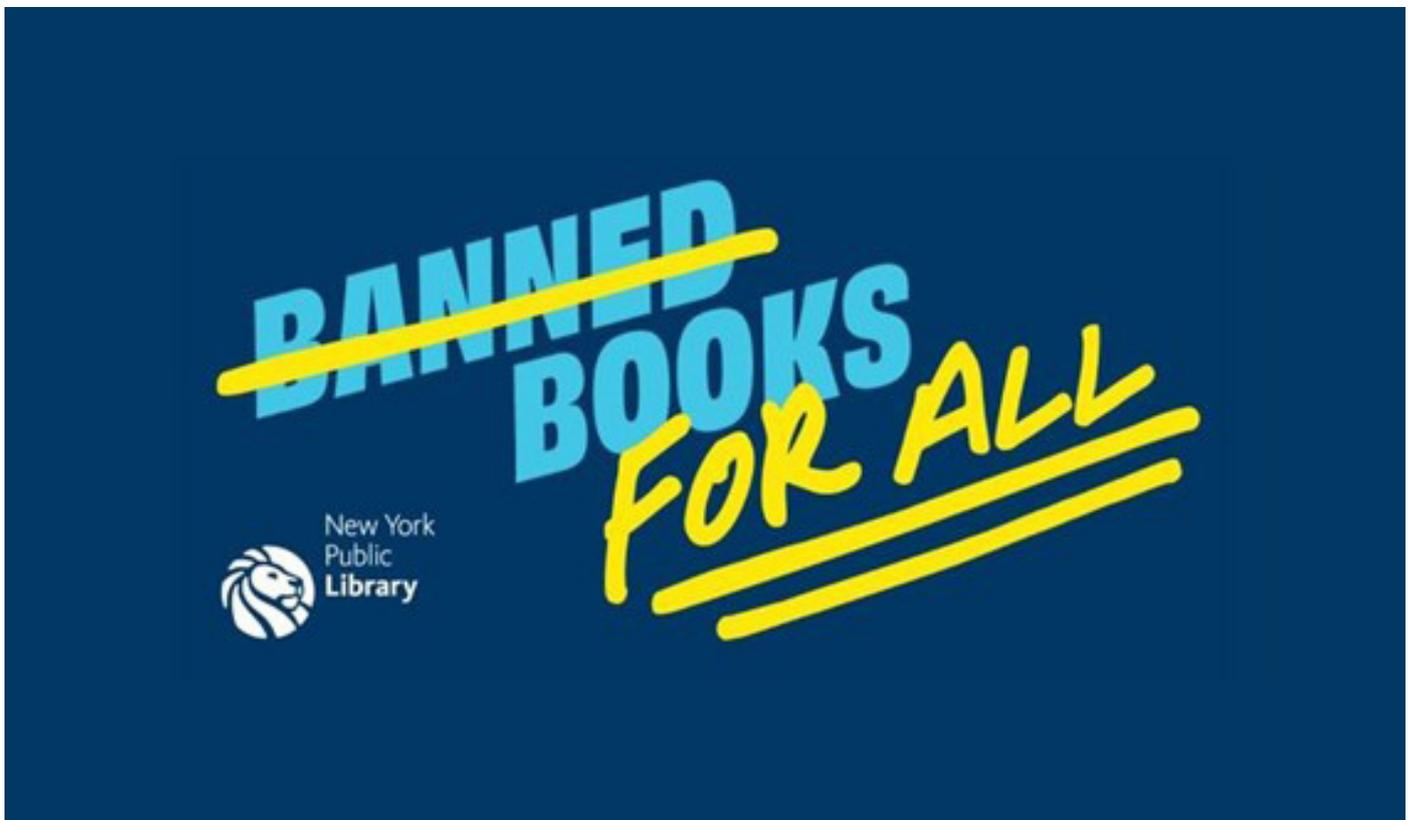
presión de género en la Comunidad Valenciana» y que lo esgrimido por la Asociación de Abogados Cristianos «resulta obvio» que no tiene «el necesario sustrato probatorio, siquiera indiciario». «No se ha aportado prueba alguna, siquiera indiciaria, de que concorra la ilegalidad que la actora denuncia en la actuación municipal» ni «de que el contenido de los materiales (libros donados) atente contra los derechos humanos», recogía el fallo. «No se ha probado, en definitiva, que la actuación impugnada pudiera causar perjuicio alguno (...). Acordar la medida cautelar en este caso equivaldría a dejar la aplicación de las leyes vigentes al arbitrio de los intereses o valoraciones subjetivas de los particulares», añadía la sentencia.

El juez también hace hincapié en que el uso que hagan los centros de los libros donados «no depende» del Ayuntamiento, sino que queda enmarcado dentro de la legislación autonómica vigente, la cual «prevé la existencia en las bibliotecas públicas de obras literarias de la temática indicada, siendo ya una cuestión ajena al acto administrativo impugnado y a la competencia municipal, el modo en que puedan

La queja hacía referencia a libros como el del periodista argentino Bruno Bimbi “El fin del armario”, en el que algunos de sus capítulos llevan nombres como “Chaperos en el Vaticano”, “Porno para todos”, “Al obispo le dan por el culo”, “Alá no es grande, Jesús no nos ama” o “Maricas y judíos: las dos caras de la discriminación”, entre otros.



Reportaje



Cartel de la campaña “Libros para todos”, promovida por la Biblioteca Pública de Nueva York.

Fuente: <https://www.latercera.com/>

ser utilizados los materiales dentro del sistema educativo público».

Voces contra la censura

Sin embargo, aún queda un poco de cordura y son varias las voces que se alzan en contra de la censura y que llevan a cabo iniciativas en defensa de la literatura y de la libertad de expresión e información.

Es lo que ha hecho la Biblioteca Pública de Nueva York, que lanzó una campaña llamada “*Books for All*” (“*Libros para todos*”) con la

cual puso a disposición de los lectores, mediante su descarga gratuita por medio de la aplicación Simple y durante un período de tiempo, cuatro títulos que habían sido censurados: “*El guardián entre el centeno*”, de J. D. Salinger; “*King and the Dragon Flies*”, de Kacen Callender; “*Speak*”, de Laurie R. King; y “*Stamped*”, de Ibram X. Kendi y Jason Reynolds.

Por otro lado, son los propios adolescentes los que han empezado a movilizarse por medio de la creación de diferentes clubes de

lectura. Un ejemplo es el de Joslyn Duffenbaugh, una joven de 14 años de Pensilvania, en el que solamente se leen aquellos libros que han sido prohibidos en los colegios de los integrantes del club, una iniciativa que se repite por todo Estados Unidos; la primera obra en ser leída fue “*Rebelión en la granja*”, de George Orwell. Asimismo, en el distrito escolar de Penridge, también en Pensilvania, el Proyecto de Mejoramiento comenzó una campaña para comprar libros que habían sido retirados de las escuelas y distribuirlos



Reportaje



Imagen de la campaña de Penguin sobre “El cuento de la criada”.

Fuente: <https://youtu.be/zpsMsAMY4eM>

en pequeñas bibliotecas gratuitas por todo el distrito; entre ellos, se encontraban “*Heather has two mommies*” (“*Heather tiene dos mamás*”), de Leslea Newman, y “*This is my America*” (“*Esta es mi América*”), de Kim Johnson.

Tampoco han faltado personalidades del mundo de la literatura que se han posicionado en contra de toda esta nueva ola de censura.

Una de ellas ha sido la escritora Margaret Atwood, que, a mediados de este año, y con el apoyo de la

editorial Penguin Random House, subastó una edición de su libro “*El cuento de la criada*” (uno de los más prohibidos en las escuelas de EEUU) realizada con material no inflamable –aluminio tratado de manera especial–. En el vídeo de la campaña, se podía ver a la escritora canadiense intentando quemar con un lanzallamas, sin conseguirlo, el ejemplar en cuestión. La subasta, celebrada en la galería Sotheby’s, en Nueva York, alcanzó los 130.000 dólares, los cuales fueron donados a PEN America. Y es que como dice Tomy Marx,

presidente de la Biblioteca Pública de Nueva York, «*El conocimiento es poder; la ignorancia es peligrosa, engendra odio y división. Todas las personas tienen derecho a leer o no leer lo que quieran; todos tenemos derecho a tomar esas decisiones. Pero para proteger esas libertades, los libros y la información deben permanecer disponibles. Cualquier esfuerzo por eliminar esas opciones se opone a la libertad de elección, y no podemos permitir que eso suceda*». Por ello, apaguemos las hogueras y leamos un libro.



Reportaje

La Semana de los Libros Prohibidos

Como cada año, en EEUU –principalmente–, se ha vuelto a celebrar la Semana de los Libros Prohibidos, una campaña de carácter anual promovida por la ALA y Amnistía Internacional con el fin de concienciar acerca de la libertad para leer, poner el foco en los libros prohibidos y cuestionados y destacar a personas perseguidas por lo que escriben, leen o ponen en circulación. En definitiva, promover la libertad intelectual en bibliotecas, colegios y librerías por medio de numerosas y diferentes actividades en las que se involucran los tres tipos de instituciones, además de escritores, editoriales, etc.

Convocada para la última semana de septiembre, en este 2022, dicha celebración ha tenido lugar entre los días 18 y 24 de dicho mes.

Su historia se remonta al año 1982, cuando la bibliotecaria y activista Judith Krug creó el primer evento a raíz de que la Asociación de Editores Estadounidense contactara con ella con el objetivo de traer libros censurados «*a la atención del público estadounidense*» después de que «*una multitud de libros*» fueran prohibidos ese año. Krug transmitiría dicha información al comité de libertad intelectual de la ALA y seis semanas más tarde tendría lugar la primera Semana de los Libros Prohibidos.

Además de por la ALA y Amnistía Internacional, esta iniciativa está patrocinada por la Fundación Estadounidense de Libreros por la Libertad de Expresión (ABFFE), la Sociedad Estadounidense de Periodistas y Autores, la Asociación de Editores Estadounidenses y la Asociación Nacional de Tiendas Universitarias, y es respaldada por el Centro del Libro de la Biblioteca del Congreso.

Sin embargo, la campaña no está exenta de polémica, pues varias asociaciones acusan a la ALA de inventarse la censura de dichos libros alegando que éstos tan sólo son «*cuestionados*», no «*prohibidos*». Parten de la premisa de que una parte de quienes los cuestionan son, fundamentalmente, padres que apuntan que no son libros apropiados para la edad de sus hijos y que, además, son ellos los que tienen la potestad sobre cómo educarlos y para decidir qué información reciben en las escuelas y bibliotecas. Por otro lado, también hay quien critica que en la lista hay un sesgo ideológico, pues hay otros libros que, igualmente, han sido censurados por ser críticos con, por ejemplo, los temas de diversidad sexual o racial, y que éstos no aparecen en el listado de obras prohibidas.

